

mira, cantando, los pinos  
del horizonte brumosa luna de oro;  
y el rebaño soñoliento  
levanta nubes de polvo,  
y llora con sus esquilas,  
bajo la luna de oro.

La aldea del valle está  
quieta en humo blanco. Todo  
lo que era alegre al sol, sueña  
no sé qué amores lloroso.

Ya no se ve el río oscuro,  
perdido en sí mismo. Solo,  
en la ciega paz inmensa,  
se siente que tiene fondo.

Flota el humo blanco. El valle  
se queda más solo y lóbrego.  
Las esquilas lloran más  
bajo la luna de oro.

18

4

(Le vent de l'autre nuit a jeté bas l'Amour...

P. VERLAINE)

¡La otra tarde, se ha llevado  
el viento más hojas secas!  
¡Qué pena tendrán los árboles,  
esta noche sin estrellas!

He entreabierto mi balcón:  
—La luna camina muerta,  
sin luz de besos ni lágrimas,  
amarilla entre la niebla—.

Y he acariciado los árboles,  
con miradas de ternura,  
que les van abriendo hojitas  
verdeluz de primavera.

¿Es que están soñando, así,  
con sus pobres hojas secas?

(1798-1918)

Yo les digo: «No lloréis;  
vendrán con las hojas nuevas.»

(ARIAS OTOÑALES)

19

5

Yo no volveré. Y la noche  
tibia, serena y callada,  
dormirá el mundo, a los rayos  
de su luna solitaria.

Mi cuerpo no estará allí,  
y por la abierta ventana  
entrará una brisa fresca  
preguntando por mi alma.

No sé si habrá quien me aguarde  
de mi doble ausencia larga,  
o quien bese mi recuerdo  
entre caricias y lágrimas.

Pero habrá estrellas y flores  
y suspiros y esperanzas,  
y amor en las avenidas,  
a la sombra de las ramas.

Y sonará ese piano  
como en esta noche plácida,  
y no tendrá quien lo escuche,  
pensativo, en mi ventana.

1903

20

6

Viene una música lánguida,  
no sé de dónde, en el aire.  
Da la una. Me he asomado  
para ver qué tiene el parque.

La luna, la dulce luna,  
tiñe de blanco los árboles,  
y, entre las ramas, la fuente  
alza su hilo de diamante.

Yo nunca había subido  
a la colina; y mi alma,  
lánguida al son, triste a ella,  
de tamboriles y flautas  
—en el campo soñoliento  
eternamente sonaban  
muy lejos, sin extinguirse,  
las esquilas de las cabras—,  
lánguida, ansiosa de huir,  
entre la dulce añoranza  
—estrellas, música, luna—  
de la campiña aldeana,  
se fue, dentro de mi cuerpo  
y subió. Y a una luz plácida,  
vio que al otro lado había  
un valle verde y con agua.

29

y 15

Aquel ramito de flores  
que me mandaste del campo  
—¡ay, azahar; ay, jazmín!—,  
aún lo llevo aquí clavado.

¡No sé qué tiene, que no  
se marchita! Su olor blanco  
como una pregunta virgen,  
sigue esperando, esperando...

(RECUERDOS SENTIMENTALES)

3

## JARDINES LEJANOS

1: JARDINES GALANTES. 2: JARDINES MÍSTICOS.  
y 3: JARDINES DOLIENTES

(1903-1904)

30

1

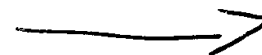
Hay un oro dulce y fresco  
en el malva de la tarde,  
que da realeza a la bella  
suntuosidad de los parques.

Y bajo el malva y el oro  
se han recojido los árboles  
verdes, rosados y verdes  
de brotes primaverales.

...Está preso el corazón  
en este sueño inefable,  
que le echa su red; ve sólo  
luces altas, alas de ánjeles.

Sólo le queda esperar  
a los luceros; la carne  
se le hace incienso y penumbra  
por las sendas de rosales...

Y, de repente, una voz  
melancólica y distante,  
ha temblado sobre el agua,  
en el silencio del aire.



Es una voz de mujer  
— y de piano —, es un suave  
bienestar para las rosas  
soñolientas de la tarde:  
voz que me hace, otra vez,  
llorar por nadie y por alguien,  
bajo esta triste y dorada  
suntuosidad de los parques.

31

2

Bajo al jardín. ¡Son mujeres!  
¡Espera, espera!... Mi amor  
coje un brazo. ¡Ven! ¿Quién eres?  
¡Y miro que es una flor!  
¡Por la fuente; sí, son ellas!  
¡Espera, espera, mujer!  
... Cojo el agua. ¡Son estrellas,  
que no se pueden cojer!

32

3

¡Mañana de primavera!  
Vino ella a besarme, cuando  
una alondra mañanera  
subió del surco, cantando:  
«¡Mañana de primavera!»  
Le hablé de una mariposa  
blanca, que vi en el sendero;  
y ella, dándome una rosa,  
me dijo: «¡Cuánto te quiero!  
¡No sabes lo que te quiero!»  
¡Guardaba en sus labios rojos,  
tantos besos para mí!  
Yo le besaba los ojos...  
— «¡Mis ojos son para ti;  
tú para mis labios rojos!»  
El cielo de primavera  
era azul de paz y olvido...

Una alondra mañanera  
cantó en el huerto aún dormido.  
Luz y cristal su voz era  
en el surco removido...  
¡Mañana de primavera!

4

33

MADRUGADA

(CITA)

El viento rinde las ramas  
con los pájaros dormidos.  
— Abre tres veces el faro  
su ojo verde —. Calla el grillo.  
¡Qué lejos, el huracán,  
pone, uno de otro, los sitios!  
¡Qué difícil es lo fácil!  
¡Qué cerrados los caminos!  
Parece que se ha trocado  
todo. Pero al claror íntimo,  
se ven arenas y flores  
donde ayer tarde las vimos.

(JARDINES GALANTES)

34

5

(Sin sentido)

Mira, la luna es de plata  
sobre los jeranios rosas;  
mira, María, la luna  
es de plata melancólica.  
Mira, el jazmín verde y blanco  
ya va afinando su aroma,  
entre la maraña de  
sombras azules y hojas.  
— Es el jazmín... Es la luna...  
= Aún los jeranios son rosas =.  
Mira, el jazmín está triste,  
y la luna, melancólica —.

5

## OLVIDANZAS

1: LAS HOJAS VERDES. 2: ROSAS DE SETIEMBRE.  
y 3: VERSOS ACCIDENTALES

(1906-1907)

56

1

## CREPÚSCULO

El poniente me invade con sus flores  
de oro, mientras, largo y lento, canta  
el ruiseñor de todos mis amores,  
ahogándose casi en mi garganta.

Al ver este oro entre el pinar sombrío,  
me he acordado de mí tan dulcemente,  
que era más dulce el pensamiento mío  
que toda la dulzura del poniente.

¡Oh, dulzura de oro! ¡Campo verde,  
corazón con esquilas, humo en calma!  
No hay en la vida nada que recuerde  
estos dulces ocasos de mi alma.

2

## PRIMAVERA

57

¡Qué me importa nada,  
teniendo mi cuerpo y mi alma!

¿Pasado? ¡Que caiga!

¿Presente? ¡Sí, pasa!

¿Futuro?...

Nada me ha quitado nadie, nada; nada  
le he dado yo a nadie, le daré yo a nadie,  
si tengo mi cuerpo y mi alma.

¿Perdido? ¡A las alas!

¿Guardado? ¡No hay cajas!

¿Ansiado?...

¡Qué me importa nada,  
teniendo mi cuerpo y mi alma!



58

## LLUVIA DE OTOÑO

(LLUEVE, LLUEVE DULCEMENTE...)

...El agua lava la yedra;  
rompe el agua verdinegra;  
el agua lava la piedra...  
Y en mi corazón ardiente,  
llueve, llueve dulcemente.

Está el horizonte triste;  
¿el paisaje ya no existe?;  
un día rosa persiste  
en el pálido poniente...  
Llueve, llueve dulcemente.

Mi frente cae en mi mano.  
¡Ni una mujer, ni un hermano!  
¡Mi juventud pasa en vano!  
— Mi mano deja mi frente... —  
¡Llueve, llueve dulcemente!

¡Tarde, llueve; tarde, llora;  
que aunque hubiera un sol de aurora  
no llegaría mi hora  
luminosa y floreciente!  
¡Llueve, llora dulcemente!

(LAS HOJAS VERDES)

7

71

## MI CUNA

¡Qué pequeñita es la cuna,  
qué chiquita la canción;  
mas cabe la vida en ésta  
y en aquélla el corazón!

¡Nadie ríe aquí de ver  
a este niño grandullón  
mecerse, quieto, en su vieja  
cuna, a la antigua canción!

— ¡Qué pequeñita es mi vida,  
qué tierno mi corazón!

¡Éste me cabe en la cuna,  
y la vida en la canción!—

¡Cómo se casan los ritmos  
de cuna y de corazón!

¡Los dos vuelan por la gloria  
en una sola pasión!

¡Qué pequeñita es la cuna,  
qué chiquita la canción;  
mas cabe la vida en ésta  
y en aquélla el corazón!

8

72

## ABRIL

(EL DÍA Y ROBERT BROWNING)

El chamariz en el chopo.  
— ¿Y qué más?  
— El chopo en el cielo azul.  
— ¿Y qué más?  
— El cielo azul en el agua.  
— ¿Y qué más?  
— El agua en la hojita nueva.  
— ¿Y qué más?  
— La hojita nueva en la rosa.

— ¿Y qué más?  
— La rosa en mi corazón.  
— ¿Y qué más?  
— ¡Mi corazón en el tuyo!

9

73

## EL POETA A CABALLO

¡Qué tranquilidad violeta,  
por el sendero, a la tarde!  
A caballo va el poeta...

¡Qué tranquilidad violeta!

La dulce brisa del río,  
olorosa a junco y agua,  
le refresca el señorío...  
La brisa leve del río...

A caballo va el poeta...  
¡Qué tranquilidad violeta!

Y el corazón se le pierde,  
doliente y embalsamado,  
en la madreselva verde...  
Y el corazón se le pierde...

A caballo va el poeta...  
¡Qué tranquilidad violeta!

Se está la orilla dorando...  
El último pensamiento  
del sol, la deja soñando...  
Se está la orilla dorando...

¡Qué tranquilidad violeta,  
por el sendero, a la tarde!  
A caballo va el poeta...  
¡Qué tranquilidad violeta!

1907

y 10

74

## VERDE VERDEROL

Verde verderol,  
¡endulza la puesta del sol!

mi fuente entre las rosas, de sol y de canciones?  
 ¿La primavera fue una triste locura?  
 ¿Viento aquella florida bandada de ilusiones?  
 Será mi seco tronco, con su nido desierto;  
 y el ruiseñor que se miraba en la laguna,  
 callará, espectro frío, entre el ramaje yerto  
 hecho ceniza por la vejez de la luna.

83

9

Hay una fama oscura, que al corazón le quita  
 todas sus flores de oro; y lo que deja es una  
 sombra errante y confusa, una carne maldita,  
 que va riendo bajo la influencia de la luna.

—En madrugadas de Viernes Santo, teñido  
 por el astro amarillo, torvo de negras fajas,  
 los sueños niños ven el fantasma temido,  
 astroso, agrio, beodo por las marismas bajas... —  
 ¡Y en él están las rosas; y, en él, el alma ¡y todo!  
 es como una mañana de bondad y alegría.  
 Pero el aire lo ha dicho y, corazón, no hay modo  
 de salir del fangal de tu melancolía!

84

10

Amigo, es mi jardín con flores lo que lloro;  
 este mayo sin nada de la ilusión perdida...  
 —¡Tanto perfume en balde! ¡Tanta cosa de oro  
 echada al alma negra y a la carne podrida! —  
 Hay una boca roja para el amor en llanto,  
 hay un sol amarillo para la tarde rosa,  
 un agrio cornetín para el sueño,... un espanto  
 para cada reposo.

Una vez, la mimosa  
 pasión de una mujer anduvo entre mis penas...  
 Yo creí que venía con lirios y por mieles...  
 Cuando le di la sangre caliente de mis venas  
 huyó, sonando un alma de alegres cascabeles.

85

11

(...¡Porque el muerto está en pie.  
 G. A. BÉCOUER)

Por la herida que abril ha dejado en mi pecho,  
 ruedan mis dulces rosas sangrientas, una a una;  
 de manera que este pobre cuerpo está hecho  
 como un jardín de grana, a la luz de la luna.  
 —¡Oh, cómo me florecen! Nacida una apenas,  
 otra se pone encima. ¡Qué ardorosas marañas  
 de hilo carmín! ¡Qué ocaso! Los tallos de mis venas  
 me alumbran a mí mismo con mis bellas entrañas —.  
 Y yo, solo, me arranco las rosas, porque quiero  
 que el camino no sea tan rojo ni tan largo...  
 Una rosa, otra rosa... ¡Pero nunca me muero!  
 El alma se me va, ¡y de pie, sin embargo!

(ELEJÍAS INTERMEDIAS)

86

12

En estas horas vagas que acercan a la noche,  
 mi corazón se ahoga y sube hasta mis ojos...  
 Da la oración, despierta Venus, pasa el coche  
 de las siete, hace frío... Y allá en los cielos rojos,  
 el mirador, el campanario, la palmera,  
 me traen historias viejas, que están ya sin sentido,  
 como si por la bruma de la tarde, yo fuera  
 pasando entre jardines, cual un niño dormido...  
 Y el coche va hacia el tren, y el tren solloza, y lleva  
 hacia el mundo,... ¡hacia el mundo, si todavía existe!  
 Y yo sueño, volviendo, con una patria nueva,  
 viajero de mis lágrimas, solo, exaltado y triste.

87

13

Esta espectral fijeza del sol en los verdores;  
 este soñar del agua llena de hojas caídas;  
 el vuelo de estas mariposas de colores  
 fúnebres, por las solitarias avenidas...

1908

que, cuando te penetra el sol dulce y caliente,  
te llenas toda de pensamientos de oro...

Bella y profunda eres, lo mismo que mi alma;  
a tu paz han venido a pensar los dolores,  
y brotan, en las plácidas orillas de tu calma,  
los más puros ejemplos de alas y de flores.

94

3

Luna, fuente de paz en el prado del cielo;  
¿tu surtidor florece hasta Dios? ¿Qué inmortales  
auras ornán de azul tu insomne desconsuelo?  
¿Te derramas, llorando, en estrellas virjinales?  
¿O almas de margaritas esmaltan tus agrestes  
laberintos, con luz de castidad sin colores?  
¿Eres el sol de las primaveras celestes,  
sublimes de altas y trasfiguradas flores?  
¿Tu agua surte de mí? ¿Eres sangre? ¿Eres pena?  
¿Tienes una mujer en tu urna doliente?  
¿Lloras, y no te oigo, nostálgica azucena,  
amor, niña de luz, lirio en la gloria, fuente?

95



(DOMINGO DE PRIMAVERA)

Un pájaro, en la lírica calma del mediodía,  
canta bajo los mármoles del palacio sonoro;  
sueña el sol vivos fuegos en la cristalería,  
en la fuente abre el agua su cantinela de oro.

Es una fiesta clara con eco cristalino:  
en el mármol, el pájaro; las rosas, en la fuente;  
¡garganta fresca y dura; azul, dulce, argentino  
temblar, sobre la flor satinada y reciente!

En un ensueño real, voy, colmado de gracia,  
soñando, sonriendo, por las radiantes losas,  
henchida el alma de la pura aristocracia  
de la fuente, del pájaro, de la luz, de las rosas...

1908

96

5

El viento se ha llevado las nubes de tristeza;  
el verdor del jardín es un fresco tesoro;  
los pájaros han vuelto detrás de la belleza  
y del ocaso claro surge un verjel de oro.

¡Inflámame, poniente: hazme perfume y llama  
—¡que mi corazón sea igual que tú, poniente!—;  
descubre en mí lo eterno, lo que arde, lo que ama,  
...y el viento del olvido se lleve lo doliente!

97

6

Fuente seca y ruinosa, ¡ya no eres más que piedra!  
—¡Oh, antigua voz de plata, oh, dulce y clara fuente!—  
Un verdón se equivoca con tu fosa, y la yedra  
cuelga de ti, lo mismo que una hermana indolente.

¡Palacio abandonado de un agua, te secaste,  
lo mismo que mi vida, para callar tu historia;  
pero el sol de la tarde sueña en lo que dejaste,  
como un agua de oro que canta en mi memoria!

(LA SOLEDAD SONORA)

98

7

Yo no sé quién la olvidó.  
Me la encontré por la yerba.  
Al cojerla, sentí como  
si alguna mujer me viera.

Tenía un aroma vago,  
que voló al instante; queda  
sólo el recuerdo del sueño  
del placer de aquella esencia.

Tocando con ella, vi  
como novias, como estrellas,  
un prado lleno de rosas,  
un alba de primavera;  
una cosa tierna y pura  
—que me inundaba de pena—,

¡Dardos que me inducen,  
sin que tú lo sepas!  
¡Momentáneas lumbres!  
Huyes por el prado...  
Las flores azules  
huelen a imposible,  
entre dulces luces.

(MÚSICA EN LA SOMBRA)

15

ANA

133

La rosada.  
¿Es invierno o primavera?  
¡Qué enjoyada,  
en la bruma, la pradera!  
Oriental,  
como en sueños, se desgrana  
el cristal  
de la alondra..., lejos...  
— ¡Ana!  
¿Me he perdido,  
o es tu amor una ilusión?  
— ¡Qué latido  
duro, el de mi corazón! —  
... Bruma, seda,  
cuento blanco, lleva el río  
su onda queda,  
entre orillas de rocío.  
Los colores  
no se atreven. Tiembla, llora  
por las flores  
de cristal, casta, la hora.  
Vengo... Voy...  
Todo el campo está cerrado.  
— ¡Qué ya es hoy! —  
... Mas mi amor no ha despertado.  
Cielo crudo.

Pasa un aire — ¡Abre, mujer! —  
lento, agudo,  
y se oye amanecer.

16

ISLA

134

Una soledad tan pura  
como el caer de la nieve;  
un blancor divino, unánime,  
un silencio permanente...  
¡Que todos estén muy lejos!  
¡Que yo mismo no me acuerde  
de mí!... Sólo el ideal,  
con su avenida y su fuente.  
— La fuente no saltará:  
será un éstasis perene,  
cual de un diamante atraído  
por el sinfín del poniente;  
poniente que no ha de abrir  
rojos ni ardientes verjeles,  
que será una fantasía  
toda en un blanco indeleble —.  
¡Que nadie me venga a hablar!  
¡Que yo mismo no recuerde!  
... Una paz tan suavísima  
como el caer de la nieve.

135

17

(...Car voici le soleil d'or.  
P. VERLAINE)

Tejados rosados.  
¡La aurora! Los gallos  
erguidos, metálicos,  
asustan los pálidos  
luceros.  
¡Oh árbol

1909

171



Como en un río quieto, en el papel la frente  
refleja, quieta, las palabras  
que vibran en sus cielos, cual las notas de estrellas  
de un laberinto de campanas.

Notas que van formando, luz a luz, son a son,  
rosa a rosa, lágrima a lágrima,  
no sé qué arquitectura encendida y cantante,  
ablandada de luna de alma.

Fin sin fin de una rota armonía sin nombre,  
jamás, en la idea, apagada;  
hojas secas, cristales de color, flores únicas  
que, entre las sombras, se entrelazan.

Un ¿qué? del más allá, que llega hasta la vida  
por veredas transfiguradas,  
cual una aurora errante, que en los cielos del sueño  
dejase atrás polen de plata.

172

12

1910

Hora de castidad... ¡Ángelus!

...Apartaos,  
pensamientos de carne. Que todo sea rosa, rosa, rosa,  
como esta luz de luna de la tarde,  
que hierre los cristales, melancólica.

—Luz que ya no es de luz, luz que es de alma  
de cielo; luz que es toda  
paz, casi  
sin forma—.

¡Oh, sentimientos, id  
de estrella en rosa,  
altivamente dulces,  
con un volar anjélico,  
con una enhiesta palidez de gloria!

173

13

(Pensamiento de oro, tibia y flotante lumbre,  
fragancia de lo azul en la tarde divina...

J. R. J.)

¡Oro bello, que vuelves de mi tierra a tu cielo,  
cuando la tarde va quedándose dormida;  
que has teñido las aguas, los árboles, las cumbres,  
los pájaros, los sueños de la brisa!

¡Oro de paz y música, más dulce que mis rosas,  
más suave que la seda de las carnes más íntimas;  
oro de corazón melodioso y doliente,  
oro de eternidad y de poesía!

¡Ilusión de alas de oro, que pareces un sol  
que inflamara la yerba de no sé qué ruinas!  
¡Oh, sol de última hora, puro, divino, eterno,  
todo de mariposas amarillas!

(SENTIMIENTOS MUSICALES)

174

y 14

¡Qué tristeza de olor de jazmín! El verano  
torna a encender las calles y a oscurecer las casas,  
y, en las noches, regueros descendidos de estrellas  
pesan sobre los ojos cargados de nostalgia.

En los balcones, a las altas horas, siguen  
blancas mujeres mudas, que parecen fantasmas;  
el río manda, a veces, una cansada brisa,  
el acaso, una música imposible y romántica.

La penumbra reluce de suspiros; el mundo  
se viene, en un olvido mágico, a flor de alma;  
y se cojen libélulas con las manos caídas  
y, entre constelaciones, la alta luna se estanca.

¡Qué tristeza de olor de jazmín! Los pianos  
están abiertos; hay en todas partes miradas  
calientes... Por el fondo de cada sombra azul,  
se esfuma una visión apasionada y lánguida.

(OLOR DE JAZMÍN)

a la gran sombra dulce del sombrero de arroz,  
que rusía en el sol su lazo colorado.

La sangre levantaba tu mejilla pecosa,  
y en el fondo con pintas de tus ojos fantásticos,  
se copiaba chiquito el jardín de tu padre,  
con su rincón de exóticos pájaros enjaulados.

Un momento dejabas de ser niña. Tu cuerpo  
traslucía otra alma con el sol, momentáneo,  
mientras abril, más lento, que venía a tu vida,  
daba a tu carne, cada día, un nuevo encanto.

221

3

(MARTHE)

En la tarde la lluvia, primaveral y sola,  
que ponía las rosas pesadas con sus perlas,  
entre la risa familiar, en la terraza,  
te burlabas de mí, fantástica y perversa.

Andabas como yo, te empinabas lo mismo  
que yo diciendo versos... Tu gracia francesa era  
de un encanto tan grande, que yo me desdeñaba  
también, perdido, absorto en tu farsa traviesa.

De vez en cuanto, en un jesto rápido y único,  
que me tornaba náufrago de tu hermosura tierna,  
tras una agudizada sonrisa, me quitabas  
todo lo hecho con una mirada seria...

—Del otro parque, en la suntuosidad lila  
del crepúsculo igual, una voz limpia y llena  
colmaba de su plata apasionada todo  
el jardín silencioso, fino de hojitas nuevas.

Y los trajes lijeros, hijos del paisaje  
mate, daban a la hora un contajio de eterna  
fugacidad sin nombre, que después volvería  
a la nostalgia, como una belleza en pena —.

¡Oh, cosas que pasaron; que no hicieron camino  
por nuestro corazón!... ¿Qué mudez, verdadera,  
qué mirar de verdad, ¿y a quién, Marthe?, darás  
esta tarde española de primavera fresca?

222

4

(DÉNISE)

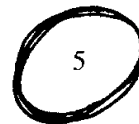
Al apartarme con tus manos, me atraías.  
Y luego te quedabas quieta, con una honda  
aureola de sangre en tus ojos azules,  
serenos, como dos turquesas, en la forma.

¿Dónde encontrabas aquel fuego grande y débil,  
aquel porvenir tuyo? Tu boca fina y rosa,  
lo mismo que una herida, se ponía hecha ascua,  
apenas le quitaban su fuego con mi boca.

Con guirnaldas de flores te ataba, ¡y no te ibas!  
¡Tu esfuerzo era tan falso, que aquella mariposa  
que voló sobre ti, hubiese, combatiendo  
sus alas con tus brazos, sido la vencedora!

(PASIÓN PRIMERA)

223



(JEANNE)

¿Te acuerdas? Fue en el cuarto de los niños. La tarde  
de estío alzaba, limpia, por entre la arboleda  
suavemente mecida, últimas glorias puras,  
tristes en el cristal de la ventana abierta.

El maniquí de mimbre y las telas cortadas,  
eran los confidentes de mil cosas secretas,  
una majia ideal de deshojadas rosas  
que el amor renovaba con audacia perversa...

¡Oh, qué encanto de ojos, de besos, de rubores;  
qué desarreglo rápido, qué confianza ciega,  
mientras, en la suave soledad, desde el suelo,  
miraban, asustadas, nuestro amor las muñecas!

(LO FEO)

1911

45

509

## OTOÑO

El sol, en rondas claras,  
está desenterrando,  
el sol está resucitando  
mi vida muerta.

—¡Qué olor triste!—

Y la levanta

—¡qué largamente me reveo!—,  
en espirales de oro,  
entre las quietas hojas amarillas,  
a una música inmensa,  
como un incendio de pesar sin fin.

46

510

## AMOR

Mi corazón estaba  
como un nubarrón cárdeno  
de un poniente de fuego;  
¡retorcido, morado de dolor,  
trasparente de luz, de fuego, de oro!

47

511

## LA GLORIA

(OTOÑO)

También yo alumbro, ahora, en esta cueva,  
—tarde oscura y lluviosa, dentro—,  
como quería un día.  
También yo puedo acariciar, ahora,  
a la verdad desnuda en mis rodillas,  
sin prisa por los fines.  
También me puedo ir, ahora, a todo,  
a perder todo —tiempo y sitio—,  
¡a estasiarme en la vida,  
hasta quedarme, eterno ahora, muerto!

48

512

## LUZ

Por fuera, erraba el viento oscuro y último,  
jugando con las frías hojas.

Por dentro, era un éstasis con sol,  
aislado, como el sentimiento  
eterno y conseguido de mi alma,  
dentro de los trastornos de mi carne.

Y el sol no se iba nunca, rosa y puro.

49

513

## NOSTALJIA

¡Hojita verde con sol,  
tú sintetizas mi afán;  
afán de gozarlo todo,  
de hacerme en todo inmortal!

50

514

## LA GLORIA

y 3

¿Qué canción tuya quedará,  
como una flor eterna, corazón,  
cuando tú ya no tengas  
ni fosa ni memoria;  
cuál, entre todas estas flores  
de esta pradera mía, verde,  
que mueve, ahora, el viento alegre de mi vida?

515

51

¡No estás en ti, belleza innúmera,  
que con tu fin me tientas, infinita,  
a un sinfín de deleites!

¡Estás en mí, que te penetro  
hasta el fondo, anhelando, cada instante,  
traspasar los nadires más ocultos!

Piedra y a

¡Estás en mí, que tengo  
 en mi pecho la aurora  
 y en mi espalda el poniente  
 —quemándome, transparentándome  
 en una sola llama—; estás en mí, que te entro  
 en tu cuerpo mi alma  
 insaciable y eterna!

52

516

TARDE

El oro chorreante  
 de hoy, puro y claro.  
 ¡Oh, siempre presente, siempre  
 este sol de este árbol!  
 Cenizas de mi cuerpo,  
 debajo, en el pasado.  
 ¡Pero en la tarde, mi alma  
 sin final, goteando!  
 Y el libro, transparente  
 siempre, fresco e ingravido.  
 ¡Cristal por el que se vea  
 futuro tras futuro mágico!

53

517

EL OLVIDO

¡Olvido, hermoso olvido,  
 libertador final  
 de nuestro nombre puro,  
 en la imaginación del tiempo feo!  
 —Hombres, hombres, hombres... ¡ay!—  
 ¡Oh, venideros días,  
 en que el alma, olvidada con su nombre,  
 habrá estado, en sí, en todo,  
 y no estará, con otro, en nada!

1917-1918

518

54

¡Presente, porvenir, llama en que sólo  
 quiero arder; manos frescas de la aurora,  
 entre las hojas verdes de los chopos — ¡mayo!—  
 con agua libre al pie y sin jardinero;  
 manos, todas cuerpo desnudo,  
 que tan bien vienen a mis manos ávidas!

¡Todo lo vivo y por vivir en mí; yo  
 todo en lo vivo y por vivir; con los recuerdos, nada más,  
 de lo que no ha pasado todavía,  
 de lo que va a venir seguramente!

55

519

ANUNCIACIÓN

¡Ay, deshacerme,  
 de una vez ya, en la luz;  
 entrar, hecho oro verde y último,  
 en el libre secreto recatado  
 de los afanes imposibles!

520

56

Eternidad, belleza  
 sola, ¡si yo pudiese,  
 en tu corazón único, cantarte,  
 igual que tú me cantas en el mío,  
 las tardes claras de alegría en paz!  
 ¡Si en tus éstasis últimos,  
 tú me sintieras dentro,  
 embriagándote toda,  
 como me embriagas todo tú!  
 ¡Si yo fuese — inefable —,  
 olor, frescura, música, revuelo  
 en la infinita primavera pura  
 de tu interior totalidad sin fin!